

Introducción

Jesús no es como Dios

En el pasado, muchos pensaban que la Iglesia había cometido un grave error al incluir el evangelio de Juan entre los evangelios canónicos.

El recelo hacia una teología tan distinta de la de los otros evangelistas, caracterizada por la oposición radical que manifiesta hacia toda forma de institución religiosa y al templo (Jn 4,21), y, por si esto fuera poco, por la acogida de los hereáticos samaritanos, no solo hacía repugnante para los Judíos la comunidad nacida del evangelio de Juan, sino que levantaba, además, todo tipo de sospechas a los ojos de la Iglesia naciente.

Bajo el pontificado del papa Ceferino (199-217) hubo incluso algunos que, como el sacerdote romano Gaio, rechazaron el evangelio, atribuyéndolo no a Juan, sino al hereje Cerinto. De hecho, el más antiguo comentario al evangelio de Juan lo escribió Heracleón, un discípulo de Valentino, fundador de una conocida secta gnóstica.

Así es, el evangelio de Juan fue acogido por gnósticos y herejes, pero fue visto con sospecha por los círculos eclesiásticos más ortodoxos, que recelaban del mismo por ser un evangelio anti-institucional, que tomaba distancias con respecto a la estructura jerárquica que se iba conformando gradualmente en la Iglesia.

La comunidad de Juan está formada, en efecto, por “un rebaño, un Pastor” (Jn 10,16): la existencia de la comunidad de los creyentes (rebaño) contiene en sí la presencia del Señor (pastor) y forma el nuevo santuario desde el que se irradia el amor de Dios para toda la humanidad (Jn 17,22-23).

Tarea de la comunidad-santuario será ir al encuentro de todos aquellos que han sido aplastados por la institución religiosa (Jn 9,22.35; 12,42; 16,2) y acoger a cuantos, por su condición de vida, se sienten indignos de acercarse al Señor.

Para todos estos, el Señor y su rebaño hacen que resuene la palabra del Pastor, que invita a unirse en una única comunidad en la que los componentes no son siervos del Señor, sino sus amigos (Jn 15,15), hermanos entre sí (Jn 21,23), y en la que impera un solo mandamiento, el del amor recíproco (Jn 13,34).

Considerado poco idóneo como regla de disciplina para la vida de los creyentes, el evangelio de Juan fue clasificado como “evangelio espiritual” ya hacia el año 200 por Clemente de Alejandría (Eusebio de Cesarea, Historia Eclesiástica 1, 6, 14, 7). Un evangelio celestial para uso y consumo de los místicos, y no al alcance del pueblo; un escrito adecuado para cuantos se sienten atraídos por las cosas del cielo y no para aquellos que se ensucian las manos con las cosas de la tierra.

De este modo, el evangelio de Juan se vio acompañado a lo largo de los siglos por el sanbenito de ser una obra difícil, reservada como nutrición para las personas “espirituales”, con lo que se neutralizaba el impacto explosivo que este evangelio puede provocar en la vida de los creyentes conduciéndoles a la plena libertad (“Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”, Jn 8,32).

La marginación que el evangelio de Juan sufrió en la vida de la iglesia continúa aun en nuestros días. De hecho, a diferencia de los otros evangelios, carece de un año litúrgico propio, siendo presentado solo en fragmentos de forma incompleta y llena de lagunas.

Y, sin embargo, en este evangelio la comprensión de Jesucristo aparece formulada con los matices más profundos de todo el Nuevo Testamento. Si los otros evangelistas presentan a Jesús como el Hijo de Dios (Mt 14,33; Mc 1,1; Lc 1,35), Juan es el único que atribuye el término Dios a Jesús (“¡Señor mío y Dios mío!, Jn 20,28).

Pero, ¿de qué Dios hablamos?

“A Dios nadie lo ha visto nunca” declara de forma rotunda Juan (Jn 1,18; 5,37; 6,46), invitando al creyente a fijar su mirada solo en Jesús, “el hijo unigénito, que es Dios y está en el seno del Padre, es él quien nos lo ha revelado” (Jn 1,18).

Cuando Felipe pide a Jesús que le muestre al Padre, Jesús le responderá “Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre” (Jn 14,9).

Para Juan, Jesús no es igual a Dios, Dios es igual a Jesús.

El evangelista invita al lector a desembarazarse de toda imagen o concepción de Dios que no halle confirmación en la figura de Jesús, en su vida y en su enseñanza.

Toda imagen de Dios nacida a partir de la tradición religiosa, o bien perteneciente al acervo espiritual, que no coincida con lo que la persona de Jesús nos muestra ha de ser eliminada, por ser incompleta, limitada o falsa.

El Dios que Jesús revela no puede ser conocido a través de la doctrina, sino mediante sus obras (“Creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí, creedlo al menos por las obras mismas”, Jn 14,11).

El único criterio de veracidad de la divinidad de Cristo son sus obras, las mismas del Padre. Y las obras de Jesús son todas en favor del hombre, de su vida y de su felicidad.

A través de los temas de la Creación (Génesis) y de la Liberación (Éxodo), Juan presenta a Jesús como el pleno cumplimiento de las esperanzas de la antigua alianza. Cristo es anunciado, en efecto, como plenitud de vida y de luz (“En él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres”, Jn 1,4).

En su obra el evangelista presenta un crecimiento gradual de esta vida y de esta luz “que ilumina a todo hombre” (Jn 1,9), mediante obras que restituyen, comunican y enriquecen la vida de cada persona, independientemente de su condición moral o religiosa.

La vida-luz que Jesús transmite, máxima respuesta al deseo de plenitud de vida que todo hombre lleva consigo, se difunde cada vez más y “brilla en las tinieblas” (Jn 1,5), liberando definitivamente a los hombres del dominio de las tinieblas-muerte.

El incremento de luz llegará a ser en un determinado momento tan deslumbrante que se hará intolerable para aquellos que viven en la penumbra (Jn 3,20), siendo ellos mismos tiniebla: es decir, las autoridades de la religión. Serán estos, en efecto, los que no soportarán la intensidad de la luz que emana de Jesús el hombre-Dios, “Luz del mundo” (Jn 8,12; 9,5), y gritarán a Pilatos: “¡Acaba con él!, ¡Acaba con él! ¡Crucificalo!” (Jn 19,15).

“Aquél que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29) ha sido quitado del mundo por los cómplices de este pecado: el Hijo de Dios no ha muerto porque ésta era la voluntad del Padre, sino por la conveniencia de la casta sacerdotal que ostentaba el poder (Jn 11,50).

La necesidad del Mesías

Para Juan en Jesús, el Hombre-Dios, se manifiesta la plenitud del amor del Padre, un Dios-Amor que no es un rival del hombre sino su aliado, que no lo domina, sino lo potencia, no lo absorbe, sino que se funde con él para comunicarle la plenitud de su vida divina (Jn 17,22).

Un Dios que no demanda sacrificios, porque es él quien se ofrece (Jn 4,10), que no quiere ser servido porque es él quien sirve a los hombres (Jn 13,14), que pide establecer una nueva relación con él, no ya como siervos, sino como hijos.

Este ofrecimiento no será acogido y el tan esperado Cristo será rechazado, sufrirá oposición, calumnias y, por último, será asesinado (“Vino entre los suyos, pero los suyos no lo acogieron”, Jn 1,11).

La voluntad de Dios, que todo ser humano llegue a ser hijo suyo (Jn 1,12) será considerada por las autoridades religiosas una blasfemia, un crimen merecedor de muerte; ellas volverán la espalda a Jesús y a su mensaje en nombre de la Ley divina: “Nosotros tenemos una Ley, y conforme a esta Ley debe morir, porque se ha proclamado Hijo de Dios” (Jn 19,7).

Pero para el evangelista la Ley de Dios no puede manifestar la rica realidad de un Dios que es Amor (1 Jn 4,8), y el amor no se puede expresar a través de las leyes, sino únicamente mediante obras que comunican vida a las personas.

Entre el amor del Padre y la Ley de Dios no resulta posible ningún tipo de conciliación.

Para Jesús, la Ley invocada por los jefes del pueblo no es más que un vacío recipiente que oculta la pretensión de dominio y de poder que anida en las autoridades religiosas: la prueba es que ellos nunca apelan a la Ley divina en favor de los hombres, sino siempre y solo para su propio beneficio (Jn 7,19).

La Ley de Dios es utilizada por los jefes de la religión para defender teorías que no se sostienen de ningún modo y con las cuales trafican atribuyéndoles origen divino, para oprimir y tiranizar al pueblo, el cual no puede permitirse mantener opiniones distintas a las que ellos expresan (Jn 7,48). Jesús nunca alude a la Ley de Dios, siempre tiene su mirada fija en el amor del Padre.

En nombre de la Ley, aun cuando fuese la divina, se puede hacer sufrir e incluso eliminar a los hombres (Jn 16,2), en nombre del amor del Padre se puede solo aliviar el sufrimiento y restituirle la vida a cada persona.

Las autoridades habrían podido tolerar a un profeta reformador de las instituciones religiosas, un personaje enviado por Dios para purificar el templo, el sacerdocio, el culto e incluso la misma Ley, que se había convertido en un conjunto de normas farragosas e impracticables, pero a Jesús no, él no era aceptable.

Él no es un profeta ni un enviado divino, no se mueve en el ámbito de lo sagrado, sino que sale fuera del mismo. Cristo es la manifestación misma de Dios entre los hombres y no ha venido a purificar las instituciones religiosas sino a eliminarlas, denunciando que todo ese entramado de creencias y de cultos llamado religión no solo no permite la comunión con Dios, sino que es precisamente aquél obstáculo que la hace inviable.

Es demasiado.

Rechazado por la familia, hasta el punto de que “ni tan siquiera sus hermanos creían en él” (Jn 7,5), y abandonado por gran parte de sus seguidores (“muchos de sus discípulos se alejaron y no iban ya con él”, Jn 6,66), para las autoridades judías Jesús es solo un enfermo mental, un obseso.

La acusación que hacen las autoridades del pueblo de que Jesús fuese un samaritano (“Eres un samaritano y estás endemoniado”, Jn 8,48), no recoge solo el desprecio que los hebreos sentían hacia “aquél pueblo estúpido que habita en Siquem” (Sir 50,26), sino que manifiesta la alarma por el peligro representado por Jesús, que había de ser combatido y eliminado en cuanto enemigo de Dios (endemoniado) y del pueblo (samaritano).

Efectivamente, solo un demente, un samaritano endemoniado, podía denunciar a los jefes religiosos como hijos del diablo y asesinos (Jn 8,44) y vaticinar ardorosamente el fin de la institución religiosa que se pensaba querida por Dios mismo.

Por esto, contra Cristo se aliarán todas aquellas fuerzas que ven en ese hombre que se “hace igual a Dios” (Jn 5,18), un peligro para su dominación, sus ambiciones y su seguridad.

Los adversarios mortales de Jesús, Hijo de Dios, serán precisamente los dirigentes religiosos, que han hecho de la religión el sistema para colmar las frustradas ambiciones personales y han hecho de Dios el pedestal para sus propios deseos de prestigio.

Juan escribe su evangelio “para que creáis que Jesús es Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn 20,31), asegurando que las tinieblas no prevalecerán sobre la luz (“la luz resplandece en la oscuridad y las tinieblas no la han ofuscado”, Jn 1,5) e invitando a todo creyente a colaborar activamente con aquél que dijo: “Yo he vencido al mundo” (Jn 16,33), porque la vida será siempre más fuerte que la muerte.

“La demencia de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres” (1 Cor 1,25)

(de la Introducción)

UN DIOS ENAMORADO

(Jn 1,1-17)

“En el principio creó Dios el cielo y la tierra...” (Gen 1,1). Con esta fórmula solemne comienza la Biblia. Pero Juan no está de acuerdo, e inicia su evangelio corrigiendo la concepción teológica del Génesis, e indicando cuál fue el verdadero inicio: “En el principio estaba [ya] la Palabra” (Jn 1,1).

Con el término griego logos usado por Juan, y traducido aquí con Palabra, se indica la potencia de la Palabra creadora que debía realizar la obra de Dios (“Dijo Dios: «Hágase la luz» Y fue la luz”, Gen 1,3), guiada por la Sabiduría divina que existía antes aun de la creación: “Fui establecida desde toda la eternidad, desde el principio, antes de que existiera la tierra” (Pr 8,23).

Pero la osadía del evangelista no se reduce solo a corregir la Escritura, alcanza asimismo a la Tradición transmitida por los Padres, según la cual “el mundo fue creado con diez palabras” (P. Ab. 5,1).

Para el evangelista el mundo no ha sido creado mediante las diez palabras, el llamado decálogo (Ex 34,28) que es expresión de la Ley, sino por una sola Palabra, la única revelación de la voluntad divina.

Paraíso perdido

El evangelista se pone en marcha, pues, reivindicando la unicidad de la Palabra, y da comienzo de este modo a una serie de sustituciones, en las que los pilares de la antigua alianza irán dando paso a la figura de Jesús y a su mensaje: “la Ley fue creada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Jn 1,17).

Cuando se entra en conocimiento de la Palabra, todas las otras palabras pierden su fuerza y por ello, las diez palabras de Moisés, que se basaban en una relación con Dios fundada sobre la obediencia a su Ley, dejan paso a una nueva forma de relación con el Padre que se fundamenta en la acogida de su amor.

Por medio de Jesús, el Padre manifiesta a la humanidad un amor que no nace de las necesidades del hombre, sino que lo precede, un amor que será formulado en un único mandamiento: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn 13,34).

Esta única Palabra, que contenía y formulaba el proyecto que Dios tenía sobre la humanidad antes aún de la creación, sobrepasa toda posibilidad de imaginación por parte del hombre: “Y [un] Dios era la Palabra” (Jn 1,1). Juan afirma que el proyecto de Dios consiste en elevar al hombre a su mismo nivel y concederle la condición divina.

La importancia de este proyecto es tal que toda la creación se orienta hacia su realización, todo ha sido creado por medio de esta Palabra y sin ella “no ha sido hecho nada de lo que existe” (Jn 1,3).

Lo creado, por consiguiente, no es un rival contra el que el hombre deba luchar continuamente, un adversario que subyugar y dominar (Gen 1,28), sino un aliado precioso con el que colaborar en el proceso que conducirá a la plena realización de la humanidad.

Para Juan, el relato de la creación del libro del Génesis (Gen 1-3) no es la descripción de un paraíso perdido, sino la profecía del mundo que será, en cuya construcción el hombre está invitado a colaborar (Jn 5,17).

No se trata de añorar una condición irremediadamente perdida, sino trabajar activamente para realizar esa plenitud a la que el hombre y todo lo creado son llamados conjuntamente, porque “la misma creación aguarda con impaciencia la manifestación del rostro verdadero de los hijos de Dios... para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios” (Rm 8,19-21).

Jesús será el pleno cumplimiento del proyecto de Dios hacia la humanidad: “la Palabra se hizo carne” (Jn 1,14).

La condición divina de Cristo no será un privilegio suyo exclusivo (Fil 2,6); antes bien, acogiendo a Jesús como modelo de la propia existencia, todo hombre podrá nacer de Dios por el don del Espíritu y llegar a ser hijo suyo: “A todos los que lo acogen, les ha dado la capacidad de llegar a ser hijos de Dios” (Jn 1,12).

Con esta importante afirmación, que Juan coloca en el centro del Prólogo a su evangelio (Jn 1,1-18), el evangelista declara que Dios no está airado contra la humanidad, sino, por el contrario, plenamente enamorado de ella: “Tanto amó Dios al mundo, que envió a su Hijo unigénito para que todo aquél que crea en él no muera, sino que obtenga la vida eterna” (Jn 3,16).

El Prólogo es el himno del amor de Dios hacia el hombre, el canto del optimismo con el que el Creador mira a sus criaturas y las llama a colaborar en su obra creadora por medio de actos que infundan vida en una medida cada vez mayor (Jn 14,12).

En dicho encuentro con Dios, el hombre no se siente aplastado por su propia pequeñez, sino elevado gracias al sublime amor que el Padre le muestra.

Sagrado y profano

Jesús, el “Hijo de Dios” (Heb 4,14), inaugura un nuevo tipo de relación entre los hijos y su Padre, incompatible con lo que precedentemente había enseñado Moisés, “siervo de Dios” (Ap 15,3), el cual había impuesto un modelo de relación entre siervos y su Señor.

En efecto, la condición del hombre en relación a Dios, no es ya la del siervo hacia su amo (Jer 3,14), sino la del hijo hacia su Padre (Ef 1,5).

Con Jesús, todo hombre es llamado a la dignidad de la condición divina, como fue bien comprendido y formulado en la Iglesia desde los orígenes por medio de Padres como Atanasio (“El Verbo de Dios se hizo hombre para hacernos llegar a ser Dios”, *La encarnación del Verbo*, 54,3) o Ignacio (“El inicio es la fe, la meta es el amor: cuando ambos se funden en una única cosa existe un solo Dios”, *Carta a los Efesios*, 14,1).

Con Jesús, Dios habita entre los hombres: “Puso su tienda en medio de nosotros” (Jn 1,14). La tienda de Dios, el santuario donde el Señor habitaba entre los hombres y manifestaba su gloria (Ex 40, 34-35) es ahora un hombre, que se puede escuchar, ver y tocar (1 Jn 1,1). Con esto, el evangelista anuncia la eliminación del templo y de cualquier otro lugar sagrado (Jn 4,20-24).

Jesús será el nuevo santuario (Ap 21,22) y, al igual que la antigua tienda del éxodo, caminará junto con su pueblo (Jn 14,6).

Con Jesús, lo divino (Palabra) se hace humano (carne) y termina la distinción entre sacro y profano, el espacio reservado a Dios y ese otro que queda separado de él: la plenitud de la gloria de Dios resplandece en Jesús, en un hombre mortal.

El Dios de Jesús es profundamente humano: cuanto más el hombre se humaniza, en mayor medida acoge la realidad divina que ya existe en sí mismo.

Para encontrar y conocer a Dios no es necesario desplazarse a un lugar particular, se trata simplemente de entrar en la esfera del amor. Si no todos pueden o quieren acceder al templo, a todos le es posible acoger el amor y amar a su vez.

Esta teología se aleja totalmente de la del judaísmo, que había trazado un abismo imposible de superar entre la absoluta santidad de Dios y la miseria del hombre, considerado un gusano (Job 25,6) o una nulidad (Sir 17,27).

Se hablaba del Altísimo en términos de lejanía absoluta e inaccesibilidad, de hecho, la teología rabínica lo colocaba en el “séptimo cielo” y, de acuerdo con los cálculos rabínicos, la distancia entre un cielo y otro correspondía ni más ni menos que a quinientos años de camino, por lo que se pensaba que Dios estaba alejado del hombre una “distancia equivalente a un viaje de tres mil quinientos años” (Midr. Ps. 103,1; 217). Prácticamente inalcanzable.

La imposibilidad por parte del hombre de acceder a un Dios cada vez más lejano era constantemente alimentada por la imagen de un Señor profundamente pesimista por lo que respecta al ser humano y a su misma creación. Un Dios al que, disgustado por el estado de la creación, no le tiembla el pulso a la hora de exterminar a “todos los seres que habitaban en la tierra; desde los hombres hasta los animales domésticos, los reptiles y las aves del cielo” (Gen 7,23).

La desconfianza del Creador hacia su misma creación aparece nítidamente expresada en el Salmo 14: “Se asoma Yahvé desde los cielos hacia los hijos de Adán por ver si hay uno sensato, alguien que busque a Dios. Todos ellos están descarriados, perversos en masa. No hay nadie que haga el bien, ni uno siquiera...” (Sal 14,2-4).

El desaliento de Dios, en realidad, no es más que una proyección del escepticismo de los hombres en relación a sus semejantes: “¡Sálvame Señor! No queda ningún hombre fiel; ha desaparecido la fidelidad entre los hijos del hombre” (Sal 12,2).

Sin embargo, el proyecto de Dios, expresión de optimismo acerca de la creación y transido como estaba de la intención de eliminar el abismo que separa a Dios del hombre, será considerado peligroso y blasfemo por parte de la institución religiosa y de aquellas autoridades que tenían que dar a conocer al pueblo la voluntad de Dios.

Para la casta sacerdotal, que se elevaba altanera como la única mediadora entre Dios y los hombres, resultaba absolutamente blasfemo pensar que un hombre pudiera llegar a alcanzar la condición divina: “llegar a ser como Dios” es la exhortación que la serpiente hace a Eva para invitarla a comer el fruto del árbol prohibido (Gen 3,4).

Toda la aversión y hostilidad hacia Jesús, anunciador y realizador del proyecto de Dios, son debidas al hecho de que la institución religiosa justifica su presencia indispensable precisamente por la distancia existente entre Dios y el hombre, el cual no puede acceder directamente a la divinidad y precisa por ello de mediadores que hagan posible este encuentro. Mediaciones que se concretaban en espacios, tiempos, modalidades y personas que garantizaban la relación con la divinidad, conforme a un código de comportamiento riguroso e inmutable.

En el caso desafortunado (para la institución religiosa) de que Dios tomase la iniciativa de pasar por alto todas estas mediaciones e iniciase una relación directa con el ser humano, fundiéndose con él para elevarlo a su nivel (Jn 17,21-23), el hombre no solo no tendría necesidad de mediaciones, sino que el hecho de recurrir a las mismas, en vez de facilitar la comunicación con su Señor, acabaría por obstaculizarla.

Frente a la irrupción en la historia de un Dios que no puede ya ser relegado al ámbito del templo (Hch 17,24), un Señor que, en vez de ser buscado en vano es él quien toma la iniciativa de acercarse a los hombres (Jn 4,23), a la institución religiosa no le queda otra alternativa que desaparecer, a menos que no vuelva la espalda a su Dios y se coloque en el puesto destinado al mismo.

Dejar actuar libremente a Jesús equivale, en efecto, a la bancarrota de la institución religiosa.

Si la gente cree en Jesús, dejará de creer en las autoridades. “Si dejamos que actúe... todos creerán en él” (Jn 11,48), dirán alarmados los sumos sacerdotes y los fariseos a todo el sinedrion y no dudarán en traicionar a su Dios con tal de mantener intacto el poder que habían adquirido: “No tenemos otro rey más que César” (Jn 19,15). Aceptarán ser dominados para poder seguir dominando.

Por ahora todo el mundo religioso, desde los jefes religiosos a los fariseos, desde los sacerdotes a los levitas, está alerta, atentos a captar las primeras señales de la venida del Mesías esperado.

Para eliminarlo.